

# Un hombre ante su espejo

En 1976 hube de intervenir en la presentación pública de *Descargo de Conciencia*, el libro de Pedro Laín Entralgo acabado de editar, al que calificué de «impagable». Quisiera ahora precisar algo más mi atribución a ese libro de significación tan relevante.

Al hacerlo, confío en que mis palabras no desentonen demasiado de los demás trabajos entre los que se inserten. El homenaje a nuestro escritor reunirá, sin duda, valiosos estudios donde sus admirables aportaciones a la filosofía, la antropología, la historia de la medicina, y a tantos otros temas literarios, científicos e históricos, alcanzarán comentarios de mayor entidad que el mío. Pero Laín, además de gran polígrafo, ha sido también un hombre de vida inmersa en nuestros más punzantes problemas cívicos, y tal vez su relación con ellos sea asimismo considerada en algunas de las otras contribuciones a este agasajo colectivo. Por ello me atrevo a esperar que mis reflexiones acerca de *Descargo de Conciencia* no lleguen a ser una disonancia.

Me interesa comentar ese libro más que cualquiera otro de su autor porque, en la actual situación española, lo creo digno de especial atención. Al libro y a su autor, ante el espejo de 513 páginas que él mismo ha bruñado para contemplarse. Pues creo firmemente que ese hombre y ese espejo nos afectan a todos en nuestra más profunda realidad.

Quizá no falte, sin embargo, quien vea en mi comentario un inoportuno intento de remover tragedias hispanas que sería mejor olvidar. Quisiera hacer notar a quien así pensare que Laín escribió el libro por estimar que no podían olvidarse y que, en bien de sus compatriotas tanto como de sí mismo, estaba obligado a removerlas. Pues no se escribe un libro como ése para dejarlo atrás, sino para mantener presente el inexorable espejo que es. Si algún lector hubiere dispuesto a dibujar el mohín de repudio propio de quien profesa el olvido de lo desagradable, quién sabe si por motivos personales no siempre confesables, espero que Laín no lo hará, y eso me basta.

Intentar una glosa de *Descargo de Conciencia* es, bien lo sé, tarea delicada, pues delicada es la realidad individual en él expuesta y la consideración del tiempo histórico que la envuelve. Quizá, por ello, mis reflexiones pudieran parecerse a veces a una censura, o, al menos, a un juicio emitido desde supuestas alturas morales. Me apresuraré a deshacer el posible equívoco: no me atribuyo ninguna superioridad ante Laín y no pretendo juzgarlo. En antigua carta a sus amigos, mandada sólo a unos pocos en ingrata ocasión pretérita y recogida al fin en este libro, dice:

... Pero tampoco estoy dispuesto a tolerar que ningún español de uno u otro bando se arroge ante mí en cuanto tal español el lucido papel del «justo» o del «puro», me juzgue olímpicamente desde esa socorrida ficción de «justicia» o «pureza» y me declare luego aceptable o réprobo.

Tiene razón, pues nadie es totalmente puro ni justo. Y yo, desde luego, tampoco

lo soy. Lejos de mí, pues, el papel de juez. Quede definitivamente claro que escribo para ensalzar una obra a la que sigo llamando impagable.

Ahora bien, en las anteriores palabras de Laín se aprecian dos aspectos diferentes. El primero atañe a la conducta personal, siempre enjuiciable desde criterios objetivos, pero que, en efecto, por nadie que alardee de integridades discutibles debe ser juzgada. Mas en esas palabras asoma otra cara que sí debe considerarse: la de la comparación desapasionada entre las razones de uno y otro bando —los de nuestra guerra, los de nuestra pertinazmente conflictiva España— y del modo como tales razones matizaron los procederes individuales. De no presentar esta otra cara, las antedichas palabras de Laín podrían tomarse como el rechazo de cualquier juicio adverso, no ya porque nadie tenga el derecho de pronunciar tales censuras «morales» sino porque, colectivamente, en los dos bandos de nuestra contienda se cometieron graves errores, desmanes y crímenes. En otras palabras: porque ninguno de los dos bandos habría tenido razón. Sin embargo, para una comprensión cabal de lo que *Descargo...* significa, es importante comprender las razones y sinrazones de aquel conflicto. Primero, deslindando crímenes y errores de los motivos ideológicos y programáticos; después, volviéndolos a conectar para atisbar de qué manera esa conexión caracteriza a unos y a otros. Pese al crimen que tanta razón quita siempre a quien lo comete, no puede excusarse la puntualización de cuál de los dos bandos era el poseedor de la razón histórica o, al menos, de mayor razón que el otro. Decir que las razones y sinrazones estuvieron repartidas al cincuenta por ciento es refugio frecuente entre quienes procuran no enfrentarse con el examen de las sinrazones a que han servido; un cómodo expediente que a ninguna inteligencia recta puede satisfacer. Pues bien, ante esta cuestión ineludible, *Descargo...* no es un libro de simple lamentación «humanitaria», sino bastante más, y esto es lo que hay que tener presente para comprenderlo. Como corona de anteriores asertos de su autor aparecidos en otros escritos, *Descargo...* entraña juicios sociales y políticos que a todos nos afectan, aunque el claro humanismo de su autor dé al libro, a primera vista, la apariencia de un desahogo efectuado bajo impulsos únicamente humanitarios. Son los juicios que en él subyacen los que le dan su mayor consistencia, y sin la necesidad de proponerlos, presumo que no habría sido escrito.

Tampoco se ha escrito —y es la primera vindicación que a su autor se debe contra la siempre despierta maledicencia ajena— para facilitarse acomodaciones políticas ante la transición española efectuadas «a toro pasado». La redacción de una obra como ésta acarrea incomodidades, no acomodaciones, y bien lo acredita la suma escasez de otras que se le parezcan. Pero, además, la desgarrada declaración que en ella se desarrolla y culmina tiene antecedentes en anteriores páginas de Laín y en su propia vida; antecedentes más que incómodos, incluso peligrosos, bajo la dictadura de Franco.<sup>1</sup> Como otros intelectuales de la facción vencedora que tuvieron la honestidad y el valor de abandonar sus convicciones iniciales y la causa política a que sirvieron, sabido es que Pedro Laín lo hizo a su vez hace muchos años y que lo confirmó frecuentemente en sus escritos. Ver en ellos, según algunos se obstinan en querer ver, calculadas defecciones con

<sup>1</sup> Conocidos son, pero de algunos de ellos puedo dar fe. Pues, con otros muchos, nuestros nombres respaldaron juntos, en diversas ocasiones, actuaciones y documentos que sólo amenazas y reveses podían reportarnos y que efectivamente nos reportaron.

vistas al futuro, es ignorar de mala fe el precio que se podía pagar al llevarlo a cabo. Precio en daños concretos y en incomprendiones o desdenes no menos dolorosos a veces.

Entre los que, por guardar memoria suficiente de estos antecedentes, no pueden tildar a *Descargo...* de tardía operación interesada, hay, no obstante, quienes aducen que Laín nunca se arriesgó hasta los extremos a que llegara, en su valerosa y sostenida ruptura política, Dionisio Ridruejo, sometido por ella a estrecheces, prisiones y destierros. Pero Laín nunca presumió de igualar a Ridruejo en ese sentido, y en el libro lo reconoce con espontánea sinceridad. Veamos algunas de las citas en que lo proclama, la primera de las cuales es, además, fundamental expresión de sus determinaciones posteriores al conflicto bélico. A la pregunta de qué hicieron los componentes del llamado por él «*ghetto* al revés» de Burgos, y de qué hizo él mismo después de la guerra, contesta así:

... más honrada que gallardamente debo responder diciendo que, en esencial esquema, cuatro fueron mis acciones: dolerme en privado de que las cosas —unas sabidas con certidumbre, semisabidas otras— fuesen como realmente eran; pecar por omisión o por deficiencia, puesto que nunca denuncié hasta donde me fuera posible una realidad tan objetivamente injusta y, a la vez, tan básicamente opuesta al logro de la España posible y deseada; sentir que se iba definitivamente enfriando mi vinculación a la España entonces oficial, sin la valentía, tan clara y temprana en mi amigo Dionisio, de romper abiertamente con ella; actuar cuanto me fue posible en favor de los perseguidos por la justicia.

A Ridruejo se refiere también muy principalmente, sin duda, cuando afirma en otro lugar.

Más que yo hicieron algunos; menos que yo, muchos.

De cuanto él hizo, Ridruejo fue el primero en tener conocimiento, y el primero en salir en defensa de su amigo ante el injusto ataque sufrido por éste en ocasión no muy lejana todavía. Sobre haber sido lealmente reconocida por Laín, la diferencia entre ambos no empequeñece a éste; entre otras razones, por ser muy difícil llegar a hacer tanto como Ridruejo hizo. Y reside, más que en otra cosa, en el carácter del uno y el otro. En su combativo apasionamiento, Dionisio no podía dejar de fundar partidos, redactar programas e instrumentar acciones; desde su desapego a toda profesionalización política y su vocación por la filosofía especulativa, mal habría podido Pedro, en verdad, entregarse a todas las aventuras de la oposición con la ardiente resolución de Ridruejo. Pero sí a algunas, y no deben ser olvidadas. En ellas acompañó a Ridruejo y a otros, si bien por imperativos éticos más que por personal afición. Y si en sus años mozos pudo ingresar en la Falange inducido por los espejismos de la contienda, y aun escribir un par de opúsculos fascizantes que hoy le sonrojan, con todo ello rompió expresamente en 1956.

Se abstuvo, sí, de ingresar en ningún otro partido, mas no de compartir riesgos y contrariedades de otras personas que estaban en ellos. Y sin afiliación concreta ha seguido cuando los partidos se han legalizado, evitando imitar la notable prontitud en afiliarse de no pocos demócratas de nuevo cuño. A quienes hayan sospechado en su *Descargo...* intenciones de rentabilidad política ulterior, el alejamiento de su autor de toda militancia, prebenda o cargo público debiera persuadirles de la limpieza con que este libro reemplaza la procura y disfrute de tales cosas. Y también de cuán excep-